

EL PAISAJE CAZADOR EN LA QUEBRADA DE ANTOFALLA (ANTOFAGASTA DE LA SIERRA, CATAMARCA)

Enrique A. Moreno*

RESUMEN

En los más de 11.000 años de ocupación humana en la puna meridional argentina, los camélidos han sido parte central de la organización de estas poblaciones. Uno de los modos de apropiación principal de estos animales ha sido la cacería. Para llevar adelante esta práctica, los cazadores prepararon el paisaje de forma tal de anticipar los movimientos de las presas y organizar los ataques. A partir de una prospección intensiva de la quebrada de Antofalla (Departamento Antofagasta de la Sierra, Provincia de Catamarca), hemos podido identificar diversas estructuras utilizadas por los cazadores para realizar estas prácticas, que posiblemente hayan sido reutilizadas en los diferentes momentos de ocupación humana del área.

Palabras clave: Paisaje - Cacería - Camélidos - Puna de Atacama

ABSTRACT

In the last 11.000 years of human occupation of the argentinian meridional puna, camelids have been a central part of the organization of these populations. One of the main ways of appropriation has been hunting. To carry out this practice, hunters prepared the landscape in order to anticipate the movement of preys and organize the attacks. Through an intensive survey of Antofalla valley (Antofagasta de la Sierra Department, Catamarca Province), we have identified several structures used by hunters to perform these practices, which have possibly been re-used in different moments of the human occupation of the area.

Key words: Landscape - Hunting - Camelids - Atacama Puna

* Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca – CONICET. enalmor@yahoo.com

Moreno, Enrique A. 2009. El paisaje cazador en la Quebrada de Antofalla (Antofagasta de la Sierra, Catamarca). *La Zaranda de Ideas. Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología* 5: 101-120. Buenos Aires.

INTRODUCCIÓN

La Puna meridional argentina ha estado ocupada por poblaciones humanas durante los últimos 11.000 años (Aguerre *et al.* 1975; Nuñez 1983; Aschero 1984, 2000; Fernández Distel 1986; Nuñez y Santoro 1988; Aschero y Martínez 2001; Hernández Llosas 2000; Martínez 2003). Dentro de las estrategias económicas de estos grupos, la cacería ha sido una de las principales, siendo los camélidos las presas más aprovechadas dado su gran aporte calórico por unidad y además por proveer de importantes recursos secundarios, como por ejemplo el cuero y la lana. Ahora bien, realizar estas prácticas no resultaba una tarea sencilla dado que los camélidos poseen características adaptativas que les permiten adecuarse muy bien a las elevadas alturas del área de estudio, y por lo tanto poder escapar velozmente frente a los peligros (Wheeler 2006). Debido a esto, los cazadores tuvieron que recurrir a diferentes estrategias para poder realizar las cacerías, y es en este punto en el que se centra nuestro objetivo: evaluar la manera en que los paisajes fueron utilizados y modificados para anticipar los movimientos de los animales. Para ello mostraremos diferentes estructuras construidas por los cazadores, que aprovechando las formas naturales del territorio y sumado a los conocimientos acerca de la etología de las posibles presas, aumentaron las posibilidades de éxito en esta actividad.

Pero antes de introducirnos en el caso particular, nos interesa mostrar la relevancia que las investigaciones arqueológicas han dado a la caza de camélidos como una de las fuentes principales de recursos para las poblaciones humanas en el largo término de ocupación en el área.

LA CAZA DE CAMÉLIDOS EN LA PUNA

Las poblaciones humanas que habitaron la puna meridional argentina en los últimos

11.000 años han utilizado a los camélidos como una de sus fuentes principales de alimentación y recursos secundarios (Yacobaccio 1988; Aschero *et al.* 1991; Yacobaccio y Madero 1992; Aschero *et al.* 1993-94; Yacobaccio *et al.* 1994; Elkin 1996; Pintar 1996; Olivera 1997; Yacobaccio *et al.* 1997-98; Aschero y Martínez 2001; Haber 2003a, 2006, 2007; Ratto 2003; entre otros). Para poder acceder a estos, la principal estrategia fue la cacería, al menos hasta la domesticación de la llama. Sin embargo, y como pretendemos mostrar a lo largo de este trabajo, la caza de camélidos salvajes (principalmente las vicuñas) continuó siendo una actividad importante hasta momentos muy tardíos, que podemos rastrear incluso hasta mediados del siglo pasado.

Durante el Holoceno temprano y medio, las poblaciones se caracterizaron por poseer una economía basada en la caza de camélidos y roedores, por la recolección o el intercambio de recursos vegetales de zonas más bajas, principalmente los valles mesotermiales (Elkin 1996; Yacobaccio *et al.* 1997-98; Aschero 2000; Martínez 2003). Las investigaciones arqueológicas han podido avanzar en la caracterización de las estrategias de cacería, así como también en los patrones de asentamiento y de la movilidad de estos grupos. Entre estos estudios podemos nombrar el llevado adelante por Aschero y Martínez (2001), quienes evalúan la organización espacial de los cazadores en la cuenca de Antofagasta de la Sierra, Provincia de Catamarca. Para ello, se basaron en la tipología de las puntas de proyectil recuperadas de la excavación de Quebrada Seca 3 (QS3). Estos autores aseguran que "...la caza de camélidos fue la actividad de subsistencia principal, incluso durante momentos tardíos bajo el establecimiento pleno de prácticas agrícolas (...) la caza más la recolección dominaron las modalidades y estrategias de subsistencia de la mayor parte de la historia del hombre en el desierto puneño, hasta que el pastoreo y la agricultura, como modos de subsistencia productivos, comenzaron a adquirir preponderancia en estas economías"

(Martínez y Aschero 2001: 216; ver también Martínez 2003).

Para constituir su modelo estos autores se apoyan en el análisis de los sistemas de armas, las evidencias arqueofaunísticas, la etología de los camélidos silvestres actuales (principalmente la vicuña), las características topográficas de los sitios arqueológicos y la probable organización de los cazadores. Entremezclando estos factores, Martínez y Aschero (2001) generan tres modelos de cacería para momentos diferentes:

- Caza en espacios abiertos (8660±80 AP y 8640±80 AP): se trata de una caza a distancia en espacios abiertos (pampas y vegas) utilizando el propulsor. La caza se habría realizado por acecho y acercamiento, sin arreo ni persecución.

- Caza por interceptación: ésta puede variar entre aquella en la que se utilizaba el propulsor (8670±110 AP y 7350±80 AP) y aquella otra con lanza arrojada (7130±110 AP y 6080±70 AP). En el primer caso se plantea que algunas personas acarrear las tropillas de camélidos hacia angostos. Para el segundo caso, se repite el mismo escenario, pero con arreo necesario de animales, reducción de la distancia de tiro y mejores condiciones de ocultamiento, como por ejemplo con la construcción de parapetos.

- Caza por acecho y uso de propulsores (7130±110 AP y 6080±70 AP): se utilizaron parapetos de caza en combinación de rasgos topográficos naturales del terreno. Se diferencia del anterior en la gran cantidad de parapetos construidos y por una mayor participación social.

En la cuenca de Archibarca (área de Antofalla, departamento Antofagasta de la Sierra, provincia de Catamarca), Haber (2003a, 2003b, 2007) realizó una investigación acerca de la caza de vicuñas, donde analiza algunos aspectos paisajísticos relevantes para la comprensión de la organización de las actividades de caza. Describe estructuras como trincheras,

escondites de carne, alineaciones de piedra y otros rasgos que le permiten comprender la manera en la cual el paisaje fue preparado para promover los encuentros entre personas y vicuñas. De la misma manera la tecnología lítica mostró que el paisaje estaría siendo equipado con lascas medianas y núcleos que pudieron servir como formas base disponibles, o para la preparación de las mismas en cualquier momento necesario. De esta manera Haber (2003b) interpreta a la cuenca de Archibarca como una trampa, es decir como un dispositivo construido por los humanos para atraer a los animales a su muerte. Esta investigación sirvió de base para comprender la estructuración del paisaje de la quebrada de Antofalla.

En otro sentido, el análisis arqueofaunístico realizado por Elkin (1996) en QS3 muestra que los camélidos fueron la fuente principal de recursos en este sector de la puna catamarqueña. Esta autora propone la existencia de un predominio de la caza de camélidos sin seleccionar edades ni sexos de las presas. Una conclusión importante a la que arriba la autora es que "...las poblaciones de camélidos de la cuenca de Antofagasta de la Sierra parecen haber soportado una presión de caza periódica a través de varios milenios sin necesidad de que se proteja la tasa reproductiva de los animales, predándose sistemáticamente sobre grupos familiares, el sector más vulnerable de la población" (Elkin 1996:134-135).

Otra investigación en el mismo sentido es la planteada por Ratto (2003) para la cuenca de Chaschuil, Tinogasta, Catamarca, donde evaluando los aspectos funcionales y ecológicos de las prácticas de caza distingue estrategias entre momentos correspondientes a sociedades extractivas y a sociedades productoras. En las primeras supone la realización de cacerías comunales que les permite a los grupos reducir el riesgo que implica el uso de un sistema técnico inseguro y de corto alcance, aumentando la recompensa tanto para el individuo como para el grupo. Para las segundas

propone el uso de arco y flecha como sistema técnico, lo que implica una disminución del riesgo y por lo tanto las cacerías podrían haberse realizado individualmente. Ya para el período incaico propone la realización de *chakus* en el área para el encierro y apropiación de la lana de vicuña.

Se ha propuesto para varias regiones la realización de cacerías de camélidos, debido a que este recurso es de suma importancia en cuanto a su aporte calórico, así como también la posibilidad de la utilización de sus productos secundarios, tales como lana, cueros, huesos, etc. Así también, parte de la movilidad de las poblaciones humanas se habría relacionado con la ocupación por parte de tropillas de camélidos en momentos de variaciones climáticas, ocupando pisos ecológicos más bajos o más altos (Fernández Distel 1974; Gambier 1981; Núñez 1983; Yacobaccio 1991; Yacobaccio et al. 1997-98).

Alrededor del 5500 AP iniciaría el proceso de domesticación de plantas y animales (entre los que se cuentan los camélidos), lo que implicó una modificación importante en las estrategias económicas, sociales, políticas y religiosas de las poblaciones locales. Este período muestra una disminución progresiva de la importancia de la cacería de camélidos que Yacobaccio et al. (1997-98) han planteado como un camino desde una economía de caza-recolección, pasando por caza-domesticación, caza-pastoreo hasta llegar a un momento de pastoreo-caza. Esta modificación se da en la estrategia predominante, que es definida como aquella que determina las esferas organizativas sobre las cuales se planifican y se llevan a cabo las diversas actividades económicas. El proceso de complejización de las sociedades cazadoras-recolectoras se caracteriza por una movilidad residencial reducida, o la sedentarización de sus asentamientos, el comportamiento territorial, la demarcación y protección de territorios, una alta densidad poblacional y la presencia de grupos residentes grandes. Asimismo, se observan las

desigualdades intragrupalas, las jerarquizaciones sociales y la presencia de economías de retorno diferido. Se registra además una explotación intensiva de ciertos recursos y especialización ocupacional, llevando a una intensificación de la producción. Finalmente los cazadores-recolectores complejos presentan un importante desarrollo de prácticas rituales, como forma de cohesión social, así también como marcador de desigualdades y jerarquías (Hocsman 2006, Yacobaccio 2001).

Este proceso muestra, entre otras cosas, un mayor interés en la discriminación de las especies silvestres y domesticadas de camélidos para comprender el establecimiento de las estrategias económicas. Como vemos, la cacería continúa siendo un factor importante dentro de las estrategias de subsistencia y reproducción de las poblaciones locales, pero cada vez más supeditada a la estrategia principal, que en el área de la puna meridional argentina habría sido el pastoreo.

Alrededor del inicio del primer milenio DC se establecen definitivamente las sociedades agropastoriles, que conforman el Período Formativo dentro de la cronología constituida por la arqueología (Olivera 2001). Estas sociedades, en el caso de la puna, se caracterizaban en su mayoría por ser pequeños poblados dedicados al pastoreo, con un grado diferencial de desarrollo agrícola y con el aporte de la cacería de camélidos silvestres (vicuñas y guanacos) y roedores. De esta manera, la organización económica y por lo tanto las estrategias de reproducción de los grupos humanos giraba en torno del control de los rebaños, supeditándose las otras prácticas al desarrollo de estas actividades (Yacobaccio 2001).

Sin embargo, datos de diversas investigaciones arqueológicas nos muestran que esta situación era más flexible, notándose una organización económica diversificada, donde todas las estrategias económicas poseían una importancia relevante a la hora de la reproducción de la vida

cotidiana. En relación a la agricultura, Quesada (2001, 2007) ha desarrollado una investigación en el área de Antofalla, donde muestra el desarrollo agrícola y la escala social del trabajo asociada a estas prácticas, remarcando la importancia de esta actividad. Por otro lado, investigaciones centradas en los conjuntos faunísticos de los sitios arqueológicos han mostrado una preponderancia relativa al aprovechamiento de camélidos silvestres, específicamente vicuñas, en relación a la llama ya domesticada. Estos son los casos de Tebenquiche Chico I (Haber 2006; Revuelta 2005), Quebrada Seca 3 (Elkin 1996) y Real Grande I (Olivera 1997), en el área puneña de Catamarca, y Huachichocana III (Yacobaccio y Madero 1992) en la puna jujeña, entre otros. Esto nos permite reflexionar acerca del rol de la cacería de vicuñas para el período agro-pastoril y la organización de los paisajes cazadores en relación a los contextos sociales más amplios.

En la época incaica, y según lo mostrado por las crónicas históricas, las vicuñas habrían recuperado un rol “económico-ritual” importante al formar parte de las celebraciones del *chaku* en honor del Inka (Puló 1998, 2000; Ratto 2003). Este ritual consistía en la preparación de un gran círculo en el cual se hacía ingresar una gran cantidad de vicuñas y se las cazaba dándole la carne y la lana al Inka. Al parecer esta práctica tenía un fuerte control estatal por parte del estado incaico, como lo muestran diversas crónicas e investigaciones etnohistóricas (Cieza de León [1553] 1984; Polo de Ondegardo [1571] 1990; Murra [1978] 1999). Posteriormente, durante el período colonial, la vicuña se habría convertido en uno de los principales recursos para el pago del tributo por parte de las poblaciones locales dada sus características (factible de intercambiarse por metálico, materia prima transformable en manufacturas colocables en el mercado u objeto que se aceptara como ‘moneda de la tierra’) (Lema 2004, 2006; Yacobaccio et al. 2007). Sin embargo, esto se referencia en los escritos de los viajeros de la zona desde una visión determinista,

en donde la única opción económica era la subsistencia por la vicuña y no era pensado como un mecanismo de escape por parte de las sociedades puneñas para evitar el contacto o la intromisión de la colonia española. Esta situación de caza excesiva de la vicuña, sumada a la falta de tecnología apropiada para esquilmar los animales sin matarlos, habría llevado a una disminución considerable, poniendo en riesgo las poblaciones, siendo al parecer los principales responsables los indígenas que habitaban estas regiones.

Ya en período republicano la importancia de la caza de vicuñas seguiría siendo central para las poblaciones locales, proveyendo de un recurso que era posible de ser intercambiado por bienes provenientes de otras regiones. Así, la caza de vicuñas sumada a la de otras especies, proveía de una fuente excedentaria de recursos incluso más importante que la agricultura. Esta actividad dotaba de recursos tales como carne, fibras y cueros. Sin embargo, el principal recurso habrían sido los tejidos de vicuña que les permitían intercambiar por otros bienes en lugares como Cachi, en la provincia de Salta, o San Pedro de Atacama y Toconao, en Chile (Benedetti 2005). “El intercambio comercial consiste en la venta de cueros y lanas de vicuña, llama, oveja y cueros de cabra, a lo que se puede agregar las pieles de animales obtenidos de la caza (...) Otro de los productos que cambian por maíz o harina, son las telas de lana que hilan y tejen por métodos primitivos y que son muy apreciadas por los conocedores” (Catalano 1930, en Benedetti 2005:400).

Desde hace aproximadamente 60 años, la caza de vicuñas se encuentra totalmente prohibida por disposiciones estatales en el territorio de la Provincia de Catamarca, como también en todas las áreas que poseen vicuñas en Latinoamérica. Las legislaciones surgieron a partir del reclamo desde diversos ámbitos por la matanza de vicuñas, dado el alto precio de la lana y el total descontrol de esta práctica (Puló 1998, 2000; Vilá 2006; Moreno 2008).

Este recorrido histórico nos permite demarcar la importancia de la cacería de camélidos en el largo término de ocupación humana en la puna, así como también la relevancia que ostentaba la vicuña para las poblaciones locales desde el origen de la domesticación de llamas y alpacas, y por lo tanto la caza como actividad económica importante en la definición de las estrategias de reproducción humana.

Ahora bien, la arqueología ha centrado sus investigaciones en torno a las prácticas de caza en tres puntos centrales: las armas utilizadas (Núñez 1980; Aschero *et al.* 1991; Aschero y Martínez 2001; Hocsmán 2002; Martínez 2003; Ratto 2003; Moreno 2005, por nombrar solamente algunos), el aprovechamiento de los animales sacrificados (Yacobaccio y Madero 1992; Elkin 1996; Yacobaccio 2001; Haber 2006, Revuelta 2007) y la organización del paisaje (Aschero y Martínez 2001; Haber 2003a, 2003b, 2007).

Los antecedentes de investigación en relación a los mecanismos de apropiación de los animales, han centrado su atención en las primeras ocupaciones humanas, donde la cacería era prácticamente la única fuente de calorías para las poblaciones. Es así que propuestas del funcionamiento de las estrategias de caza se han desarrollado para estos momentos, como es el caso de los modelos propuestos por Aschero y Martínez (2001), utilizándose luego esta propuesta para otras áreas semejantes. Mientras tanto, para períodos más tardíos, el modelo del *chaku* incaico y del encierro de camélidos silvestres parece otorgar la explicación de cómo se atraparon estos animales (Ratto 2003). Por su parte, Haber (2003a, 2003b, 2007) propone para Archibarca un modelo de utilización a largo término que utilizamos de base para la comprensión del paisaje de la Quebrada de Antofalla.

Nuestra propuesta se basa entonces en evaluar las características de los paisajes de cazadores, con el objeto de entender de qué

manera se estructuraron los espacios utilizados para estas prácticas, de la misma manera que evaluar la posible reutilización de estos lugares en el largo término de ocupación humana en el área.

Para lograr este objetivo, nos centraremos en la forma en que los cazadores han aprovechado el paisaje de la quebrada de Antofalla, y el modo en que las articulaciones entre la etología de los camélidos silvestres², el paisaje local, las estructuras construidas, las armas utilizadas y la escala social de los cazadores conforman un marco para la realización de estas prácticas. Pero antes de comenzar con el desarrollo de las articulaciones entre estas fuentes de información, debemos explicar cómo se comprenderá al paisaje y de qué modo se lo construirá para poder evaluar esta posible reutilización a través del tiempo.

En este trabajo, el paisaje será entendido como un factor dinámico, en continua modificación y que es construido, aprovechado y modificado por las poblaciones humanas, siendo que a su vez, participa en la construcción, mantenimiento o modificación de las relaciones sociales imperantes. El paisaje, por lo tanto, puede ser interpretado como un lugar creado por las personas, es decir que se encuentra impregnado de acciones y significaciones humanas. Estas acciones tienen el poder de ser reservorios de las experiencias vividas por parte de poblaciones humanas a lo largo del tiempo, sedimentándose en la memoria. Es por ello que al circular por un paisaje determinado corporalizan experiencias que luego son incorporadas a la memoria de los sujetos. De esta manera los cuerpos humanos se conectan con el paisaje y con los aspectos materiales presentes en ellos de manera que perduran en el tiempo perpetuando y reificando los significados culturales (Potter 2004). De esta manera "...viviendo en el paisaje, este se vuelve una parte de nosotros como nosotros nos volvemos parte de él" (Ingold 1993:154, traducción del autor). Es decir que a la vez que

vamos estructurando, preparando, viviendo el paisaje, nosotros construimos nuestra identidad en relación al paisaje y a las demás personas que comparten dicho paisaje.

De esta manera el concepto de residencia, de morar un espacio, cobra relevancia, ya que la relación cotidiana, la observación diaria, el cultivar los campos, el cazar algún animal, el criar los hijos, y todo tipo de práctica tiene como marco este paisaje. Es en el marco de cada una de esas experiencias que se construye como metafórico, ya que diversos aspectos del mismo remiten a experiencias vividas en el pasado. Estas metáforas deben reproducirse a través del tiempo para permanecer en la memoria y para ello es necesaria la sedimentación de significados a través de la realización rutinaria

y periódica de prácticas, como por ejemplo la utilización de ciertos espacios para la caza de un determinado animal. El paisaje cuenta así una historia que es cualitativa y heterogénea (Ingold 1993), o mejor dicho polisémica (Bender 1993), ya que las historias que cuenta son diversas y responden a las experiencias personales de cada agente.

ÁREA DE ESTUDIO

La quebrada de Antofalla se encuentra ubicada en el tramo noroeste del Departamento Antofagasta de la Sierra, Provincia de Catamarca, Argentina (Figura 1). Es una de las quebradas que desciende hacia el Salar de Antofalla, siguiendo el curso de agua que se origina en un par de

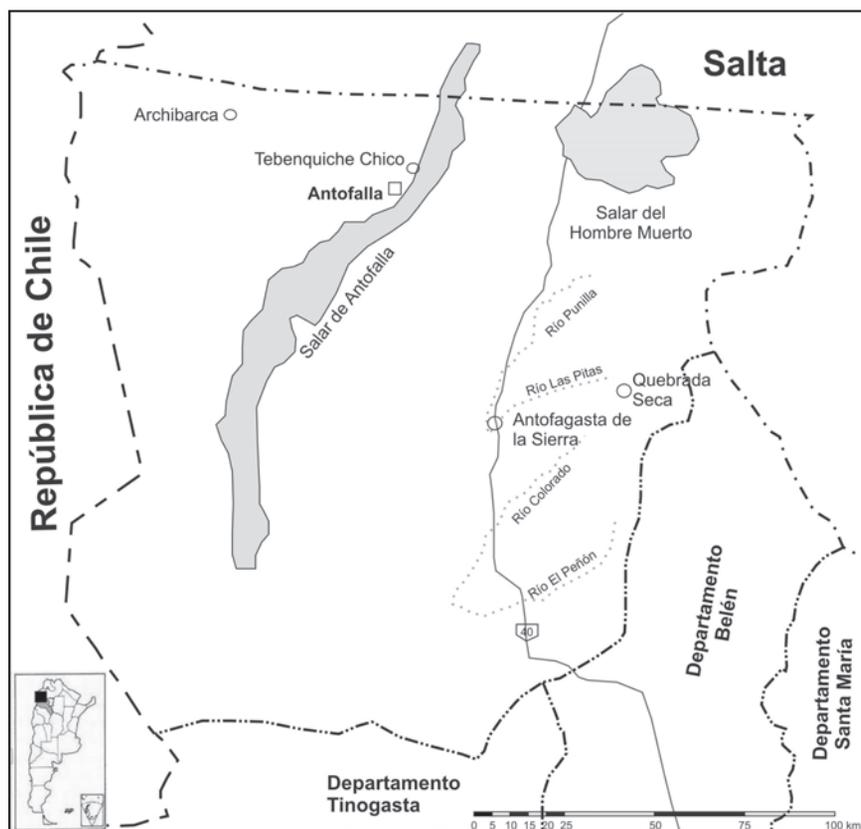


Figura 1. Mapa del departamento Antofagasta de la Sierra, donde se marca la ubicación de Antofalla y algunas localidades nombradas en el trabajo.

ojos de agua ubicados a aproximadamente 4100 y 3900 msnm y que en su parte más baja forma un cono de deyección con una altura aproximada sobre el nivel del mar de 3400 m, donde se pierde en el salar. Esta particularidad del régimen hídrico forma un paisaje de vega alrededor del curso de agua, siendo árido el resto del paisaje (Figura 2). Las características principales de esta área son: clima árido, fuertes variaciones de temperatura entre el día y la noche, baja cobertura vegetal, topografía quebrada, con fuertes pendientes y alturas elevadas. Las precipitaciones son principalmente nivales, predominando las que ocurren en los picos más elevados.

A pesar de ser definido originariamente como una meseta elevada, la puna presenta una variabilidad microrregional muy importante, que en Antofalla se caracteriza por un paisaje con diversas características topográficas, como por ejemplo, abras, hondonadas, aguadas,



Figura 2. Vista general de la quebrada de Antofalla. Nótese sobre el fondo de la quebrada el paisaje de vega y las laderas abruptas.

afloramientos rocosos, etc., que dan una imagen de un paisaje quebrado y muy complejo, el que fue aprovechado tanto por los animales como por los cazadores a través del tiempo, por lo menos en los últimos 11.000 años.

Este paisaje fue utilizado por los camélidos silvestres para su reproducción, manteniendo un comportamiento rutinario, que se basa en la realización de movimientos diarios entre los sectores altos, donde los roquedales les otorgan protección y reparo para dormir y los sectores bajos de vega, donde poseían pasturas y agua para alimentarse durante el día. Este comportamiento es realizado por los grupos familiares. Éstos se caracterizan por la presencia de un macho dominante (denominado relincho), varias hembras y las crías. Por otro lado se observan tropillas de machos expulsados de los grupos familiares y por último puede observarse machos solitarios que poseen comportamientos no tan pautados como los grupos familiares (Wheeler 2006).

Las cacerías sobre estos animales habrían sido principalmente dirigidas a los grupos familiares (Elkin 1996) dado que son los que poseen un comportamiento más pautado y además que al intentar proteger a las crías, el escape de las tropillas se pudo ver entorpecido.

Los cazadores, al conocer los movimientos diarios de los animales y las áreas que utilizan como comedero, aprovecharon los sectores medios y altos de las laderas para construir diferentes tipos de estructuras, que les otorgaban ocultamiento y les permitían atacar a los animales cuando recorrían estos sectores (Haber 2003b).

METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN

Para poder identificar estas estructuras llevamos a cabo un trabajo de campo que consistió en la implementación de prospecciones intensivas y sistemáticas de la totalidad de

la quebrada de Antofalla. Las prospecciones realizadas entre los años 2001 y 2005 fueron diseñadas y llevadas adelante en el marco del proyecto Arqueológico Antofalla, dirigido por el Dr. Alejandro Haber y de las que participaron un gran número de profesionales y estudiantes de la Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires y de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata. Se contó con el financiamiento de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y la Universidad Nacional de Catamarca.

Para sistematizar la información, dividimos la quebrada de Antofalla en tres sectores: fondo de quebrada (vega), ladera y quiebre de pendiente y cima. Se realizaron transectas lineales separadas cada 40 m, con el objetivo de identificar la distribución y el asentamiento de las evidencias (Criado Boado 1999). Esta metodología permite identificar, mediante cuantificación probabilística, la totalidad de los sitios de 40 o más metros de diámetro, el 50% de aquellos que miden 20 m y así proporcionalmente se pueden identificar estructuras de diferentes tamaños. Es importante tener en cuenta que por las características ambientales de la Puna la visibilidad de las evidencias arqueológicas es muy alta, por lo que esta tasa incluso puede ser mayor. En terrenos con una cobertura vegetal mayor una intensidad proporcionalmente mayor debería ser puesta en práctica. Esta metodología permite una relación entre probabilidad de hallazgo y tiempo de trabajo de campo viable para el desarrollo de una prospección intensiva como la que se planteó para este trabajo.

Para el registro de las evidencias en el campo, dividimos a éstas en tres categorías principales:

- Estructuras: conjuntos de bloques de rocas que conformaban una estructura definida asociada a diferentes funciones (escondite, visibilidad, refugio, entre otros).

- Dispersiones de material: se trata de la presencia en superficie de materiales de procedencia diversa, como puede ser cerámica, óseo, vidrio, u otro. Particularmente nos centramos en los restos de talla lítica, instrumentos, desechos de talla, nódulos, núcleos, percutores, etc., que indiquen actividades de manufactura o incluso de carneo y procesamiento de animales.

- Hallazgos aislados: material utilizado por poblaciones humanas y que no se encuentran asociados a otros materiales y/o estructuras.

En todos los casos tuvimos especial recaudo en identificar la manera en que las estructuras se relacionaban entre sí y con los aspectos naturales del área circundante (cerros, hondonadas, abras, agua, etc.). Cabe aclarar que las estructuras fueron identificadas individualmente para poder introducirlas luego en las base de datos y procesarlas³, pero que luego, para evaluar sus funcionalidades se tuvieron en cuenta las asociaciones entre ellas.

Durante el trabajo de campo las estructuras fueron introducidas en una planilla en las que se registraron los siguientes datos: coordenadas geográficas, descripción (forma, tamaño, aberturas, orientación), tamaño (diámetro, largo, ancho y altura máxima), ubicación en el paisaje, asociación con otros materiales (lítico, óseo, cerámica), asociación con otras estructuras, visibilidad e intervisibilidad. Finalmente intentamos definir la funcionalidad de la estructura, lo que nos permitió generar categorías de estructuras en relación a esta interpretación.

Los materiales identificados fueron analizados siguiendo la propuesta de Aschero (1975, 1983) e implementando algunas modificaciones propuestas por Moreno (2005), en lo que se refiere a la identificación de grupos tipológicos. Las dispersiones fueron evaluadas en relación a los materiales presentes (núcleos, desechos de talla, formas base, instrumentos) calculando la

densidad de hallazgos por m² con el objeto de medir la intensidad de trabajo en el lugar. Además, al igual que con las estructuras, analizamos la posición topográfica de las dispersiones de material. Los hallazgos aislados también fueron analizados de la misma manera.

Las puntas de proyectil recibieron un tratamiento diferencial, ya que además de las variables básicas de análisis (materia prima, forma, serie técnica, situación de los lascados, forma de los lascados, largo, ancho, espesor y peso, etc.) (Aschero 1975, 1983), tuvimos en cuenta mediciones y observaciones que nos permitieran evaluar la aerodinamia, la penetración, el enmangamiento y la superficie de refuerzo (Ratto 1994, 2003).

EL PAISAJE CAZADOR EN ANTOFALLA

Teniendo en cuenta la implementación de la metodología descripta, prospectamos un total de 32 km², identificándose 1.774 estructuras, relacionadas con diferentes prácticas, como son la agricultura, el pastoreo, la cacería, la minería, etc. Aquí nos centraremos únicamente en aquellas relacionadas con la cacería. Para poder hacer más efectivos y procesables los resultados del trabajo de campo, se utilizaron categorías de sitios asociados a prácticas de caza (figura 3):

- Trincheras (n=503): se trata de estructuras conformadas por bloques de piedra, en la mayoría de los casos en forma de arco o de medialuna y cuya protección se relaciona con abras, pasos o se ubican en los quiebres de pendientes (Haber 2003a, 2003b). Están conformadas por un muro simple con una longitud promedio de 1,5 m, siendo la altura máxima promedio de 0,7 m. Se observan diversas formas constructivas, pero que siempre pueden ser confundidas con otras acumulaciones de rocas, por lo que son casi imperceptibles para los animales. La funcionalidad de estas trincheras es otorgar al cazador un escondite de las posibles presas.

- Escondites de carne (n=110): son acumulaciones de rocas que se sobreelevan del suelo algunos centímetros, llegando hasta 0,6 m de altura (Haber 2003a, 2003b, 2007). En planta tienen forma irregular y un diámetro aproximado de 1,5 o 2 m. En la mayoría de los casos se encuentran, al igual que las trincheras, en áreas altas y en quiebres de pendientes. En algunos casos se observan restos óseos en su interior y se asocian instrumentos y desechos de talla lítica, que indicarían el posible uso de éstos como escondites de animales ya cazados mientras se continúa con la cacería en el sector. Suelen presentar intersticios entre las rocas que protegen a la carne del sol, generando espacios muy frescos. Registramos uno de estos escondites que presentaba en su interior restos de un ovino.

- Alineaciones (n=13): se trata de alineaciones de grandes dimensiones, hasta 25 o 30 m, conformada por rocas pequeñas y que en muchas ocasiones están relacionados con pequeños mojones en sus inicios o finales. En muchas oportunidades en la quebrada de Antofalla estas líneas atraviesan zonas deprimidas y se unen en áreas más altas en donde se ubican mojones. Estructuras semejantes fueron identificadas por Haber (2003a, 2003b) para Archibarca.

- Mesadas (n=19): son empedrados de aproximadamente 1 m de diámetro conformados por rocas en su mayoría de superficies planas, que se preparan con el objetivo de carnear a los animales sin dañar los cueros (Haber com. pers.). Estas estructuras se ubican en algunas ocasiones en posiciones muy cercanas a las alineaciones incluso al lado de ellas.

- Mojones (n=190): se trata de acumulaciones de rocas de tamaños variables y que habrían servido para señalar hitos en el paisaje (para delimitar territorios, áreas de pastura, u otros). Hemos logrado diferenciar tres formas básicas de construcción. Por un lado, aquellas semejantes a las apachetas, es decir una acumulación de rocas de forma vertical

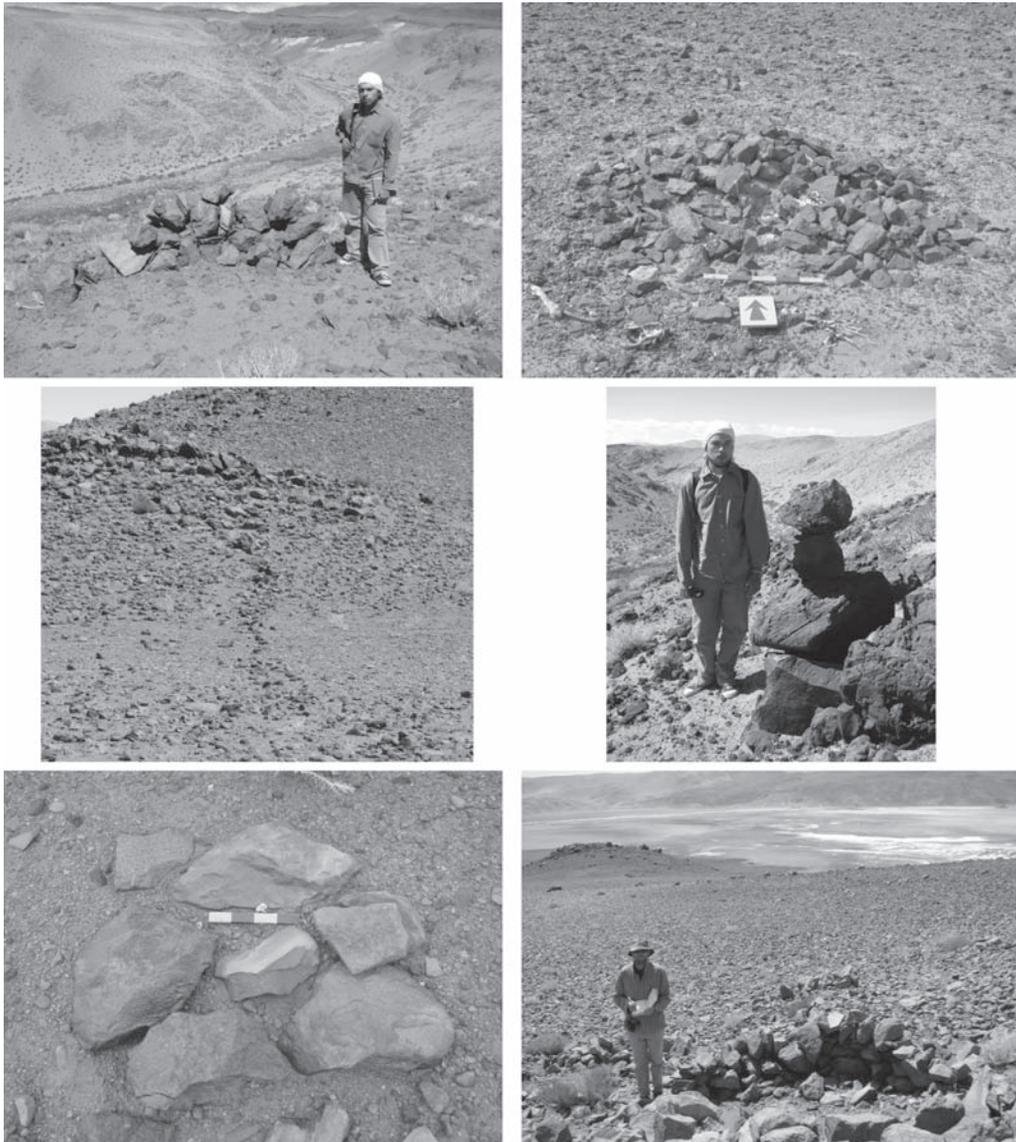


Figura 3. Tipos de estructuras de caza identificados en la Quebrada de Antofalla.

que alcanza en general una altura de 1 m y un diámetro de 0,5 m. Otro tipo de mojón se forma colocando dos o tres bloques medianos por encima de uno de mayor tamaño. Suelen ser más pequeños que los anteriores y de menor visibilidad, pero siempre son intervisibles con otros mojones de igual factura. Por último, hemos observado rocas ubicadas verticalmente y calzadas con pequeños bloques en su base.

- Refugios (n=254): se trata de estructuras pequeñas, en general de planta circular o semicircular y cerrada, que podrían aportar un refugio temporal o un escondite a los cazadores. Sus dimensiones son pequeñas, alcanzando en promedio 1,5 m de diámetro y una altura máxima de 0,8 m. Estos refugios se encuentran en general asociados a material lítico o cerámico, por lo que posiblemente

hayan sido utilizados como áreas de actividades durante la estadía de una persona allí.

Asociados a estas estructuras observamos material lítico, compuesto por piezas correspondientes a las diferentes etapas de las cadenas operativas (Collins 1989-90; Escola 1991; Moreno 2005), así como también una importante cantidad de puntas de proyectil. Esto indica que las actividades de talla habrían estado directamente relacionadas con las estructuras de caza. Posiblemente, mientras se observaba los movimientos de los animales, se aprovechara para preparar instrumentos o formas base. Por el objetivo central de este trabajo no detallamos el hallazgo de estos materiales, pero sí nos interesa notar la asociación que existe entre instrumentos líticos y las estructuras presentadas con anterioridad.

Por su ubicación, las estructuras fueron construidas de manera tal de aprovechar las características topográficas de la quebrada, permitiendo a los cazadores el ocultamiento en relación a los animales que van ascendiendo hacia la cima en busca de sus dormideros (Haber 2003b). Además, estas estructuras presentan buena visibilidad de las áreas de pastoreo de los camélidos, lo que les permitía planificar la cacería, pudiendo observar sus comportamientos sin ser observados. Las trincheras aparecen como las principales estructuras utilizadas para la realización de las cacerías. Éstas se encuentran siempre sobre sectores altos y asociadas en un importante número, de manera tal de poder funcionar en conjunto cuando se realizaran los ataques sobre las tropillas de animales. Esto implicaría la ejecución de cacerías comunales, o por lo menos de la participación de un número importante de personas, dada la cantidad de estructuras presentes y la posible intervención de algunos miembros del grupo como azuzadores. Para poder explicar y mostrar las relaciones entre las estructuras y los rasgos topográficos y la forma en que habría funcionado esta organización del espacio,

realizamos un relevamiento topográfico⁴ del área de Playa Negra (Figura 4).

Este sector se caracteriza por la presencia de un abra que comunica el área baja de la vega con las partes altas donde habrían tenido los dormideros los animales. Identificamos un total de 30 trincheras, ubicadas todas sobre las laderas en una posición relativamente más alta al espacio circundante (Figura 5). Se observa una alineación de rocas pequeñas que corta el abra en dirección este-oeste. Estas estructuras habrían funcionado al atardecer, cuando los animales comenzaban a subir luego de alimentarse y beber. Posiblemente los camélidos habrían sido espantados por azuzadores que los habrían hecho circular por el frente del área de trincheras, produciéndose el ataque de los cazadores. La alineación podría haber servido para cortar el paso de los animales que, con la colocación de palos en sus extremos con una soga e hilos, asuste a los animales obligándolos a circular indefectiblemente por el frente de las trincheras (Figura 6). Otra posibilidad sería la de esperar que las tropillas pasen por el abra y allí realizar el ataque y ubicar más cazadores en la parte más alta para atacar a los animales mientras realizaban el escape. Sobre la ladera este se podrían haber ubicado azuzadores para hacer que los animales circularan hacia la zona donde estaban preparados los cazadores, ya que sobre esta ladera no registramos ninguna trinchera (Figura 7).

Ahora bien, la pregunta que surge ahora es en qué momentos se utilizaron estas estructuras. Lamentablemente, no podemos fechar directamente las trincheras, pero algunas evidencias nos permiten pensar en la reutilización de estas estructuras en diferentes momentos. Por un lado esto es posible al pensar que la inversión de tiempo y preparación de las mismas no se relacionaría con una única práctica de caza (Haber 2007). Además, las puntas de proyectil recolectadas asociadas a estas construcciones muestran una variabilidad de formas y diseños importante, que podría

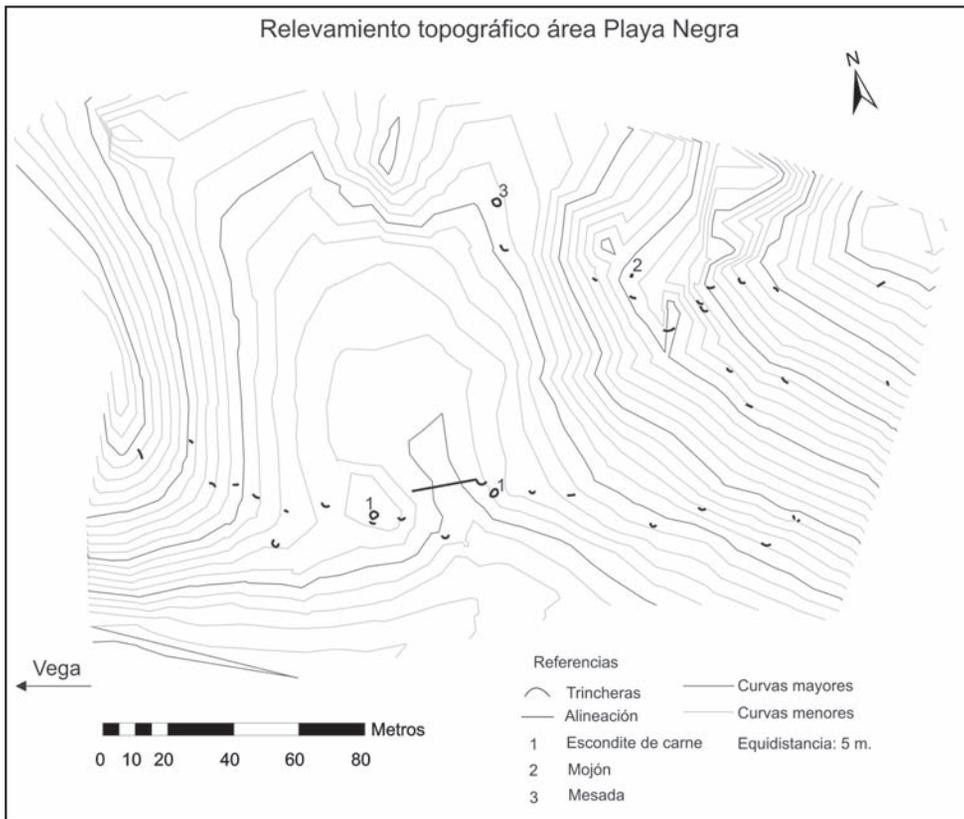


Figura 4. Relevamiento topográfico que muestra las relaciones entre las estructuras construidas y el paisaje circundante.

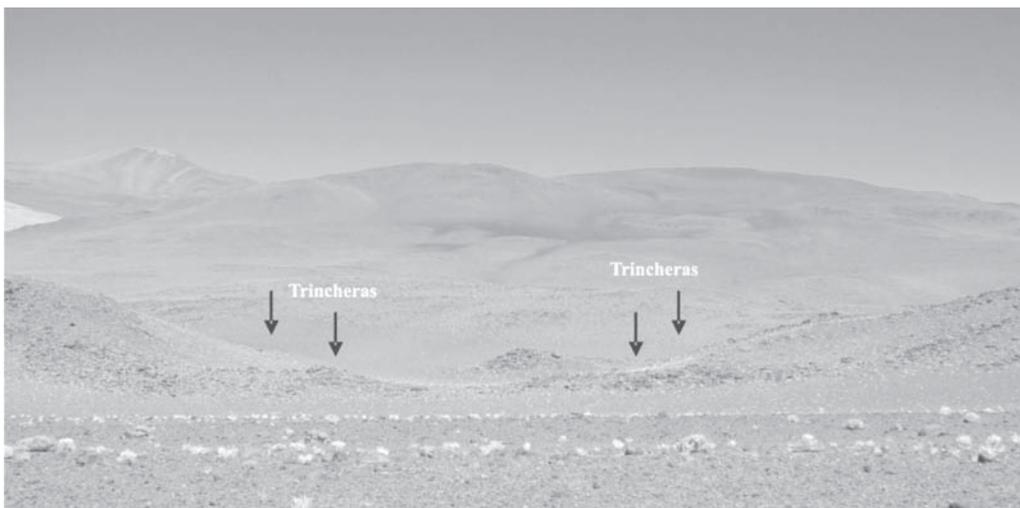


Figura 5. Vista general del área de caza de Playa Negra. Nótese la manera en la cual se aprovechan las laderas para ubicar las trincheras.

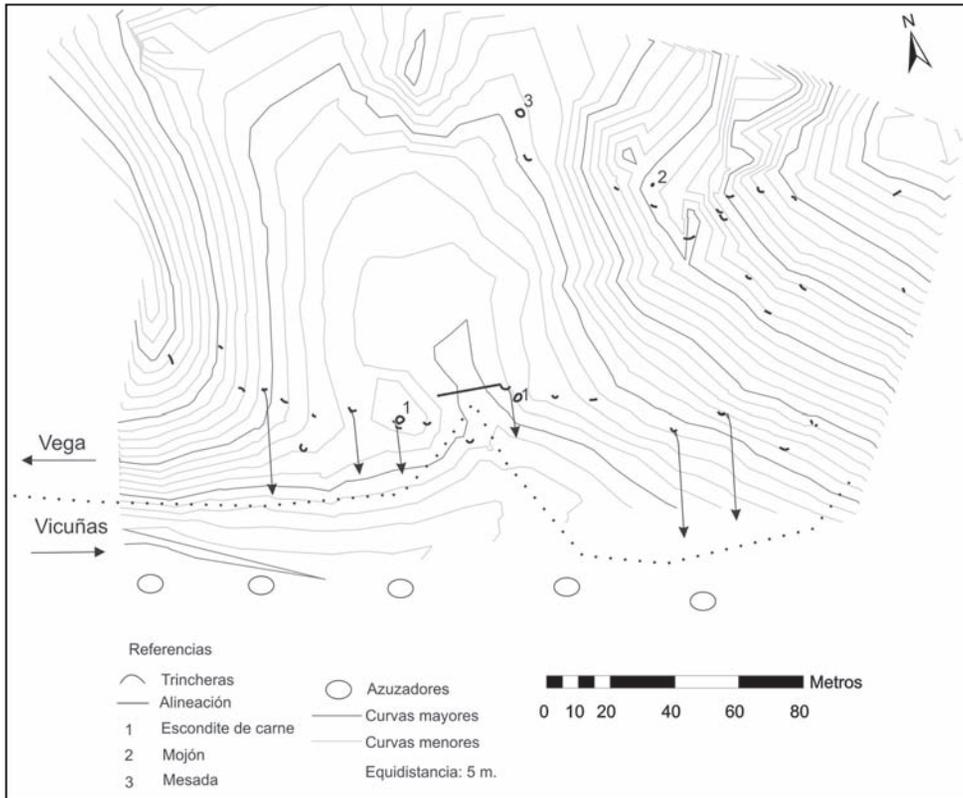


Figura 6. Modelo de caza en el cual la alineación funciona como freno para el escape de los animales mientras los azuzadores los hacen circular por el frente de las trincheras. Las flechas indican la dirección de los ataques.

relacionarse con variaciones temporales en el uso del espacio. Al comparar las tipologías de las puntas de proyectil registradas en la Quebrada de Antofalla, con aquellas recuperadas en estratigrafía de otros sitios de la Puna argentina y chilena, notamos que se pueden establecer comparaciones entre algunos tipos morfológicos, que nos permiten pensar en la reutilización de estos espacios en diferentes momentos de los últimos 11.000 años de ocupación humana en el área de estudio (Núñez 1980; Martínez 2003; Ratto 2003; Hocsman 2006). En la figura 8 se observan algunos de los diseños de puntas de proyectil que podemos comparar y ubicar cronológicamente. Particularmente en el área de Playa Negra registramos 12 puntas de proyectil, que pudimos agrupar en cinco tipos, de los cuales dos se corresponden a tipos

morfológicos tempranos identificados por Martínez (2003) como QSA y PCz A y dos a momentos transicionales como los tipos QSB y QSF propuestos por Hocsman (2006) para la cuenca de Antofagasta de la Sierra.

A partir de esta información no pretendemos fechar las estructuras, sino poder pensar en la reutilización de estos paisajes a través del tiempo, que implicaría el uso repetido de las mismas estructuras y zonas semejantes del paisaje, además del manejo de conocimientos acerca de las presas y por lo tanto de la anticipación de los comportamientos de éstas. Es posible que los sistemas de armas hayan provocado modificaciones en las estrategias de caza, pero posiblemente se hayan aprovechado los mismos espacios y las mismas estructuras. Es claro que

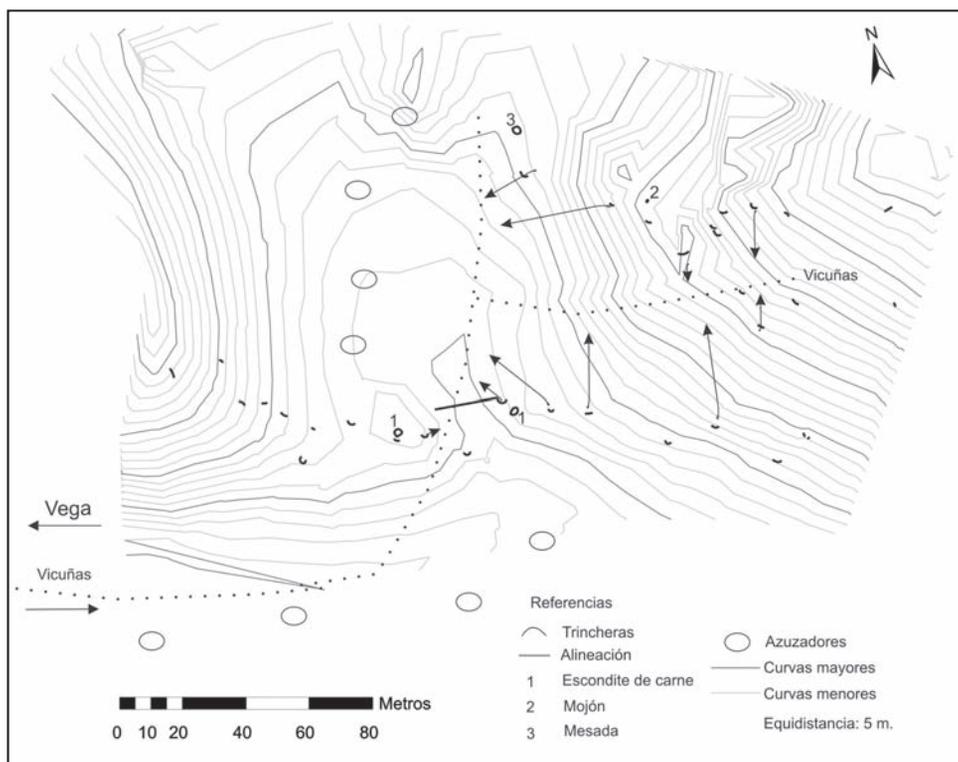


Figura 7. Modelo de caza en el cual los animales circularían por el abra, dirigiéndose hacia los dormideros y donde los cazadores atacarían en dicho momento. Azuzadores se podrían haber ubicado de forma tal de cerrar la vía de escape hacia el oeste. Nótese cómo se ubican las trincheras de forma tal de aprovechar todas las vías de escape. Las flechas indican la dirección de los ataques.

las armas de fuego provocaron una modificación importante, pero aparentemente las trincheras en las que alguna vez se ocultó un cazador hace varios miles de años, sirvió para que un cazador del siglo pasado también realizara su cacería, como lo muestra la asociación de puntas de proyectil y balas servidas en algunos sectores de la quebrada de Antofalla⁵.

COMENTARIOS FINALES

A lo largo del tiempo de ocupación humana en la Puna meridional argentina, la caza de camélidos ha sido una de las estrategias económicas principales, y en este trabajo mostramos un aporte en cuanto hace a la organización de los cazadores en relación al

paisaje donde se produjeron los encuentros. En este sentido, las estructuras construidas y las formas del paisaje les permitían a los cazadores anticipar los movimientos de los animales al escapar o al regresar a sus lugares de descanso en las zonas altas (Haber 2003b). Las estructuras les otorgaban un importante ocultamiento en relación a los animales que iban ascendiendo por las laderas.

De igual manera estos espacios fueron reutilizados a través del tiempo por diferentes grupos humanos, con distintas organizaciones económicas y sociales, lo que nos permite pensar acerca de la forma en que la memoria tradicional acerca de cómo cazar camélidos se encuentra presente en las estructuras que observamos en la actualidad, y que están

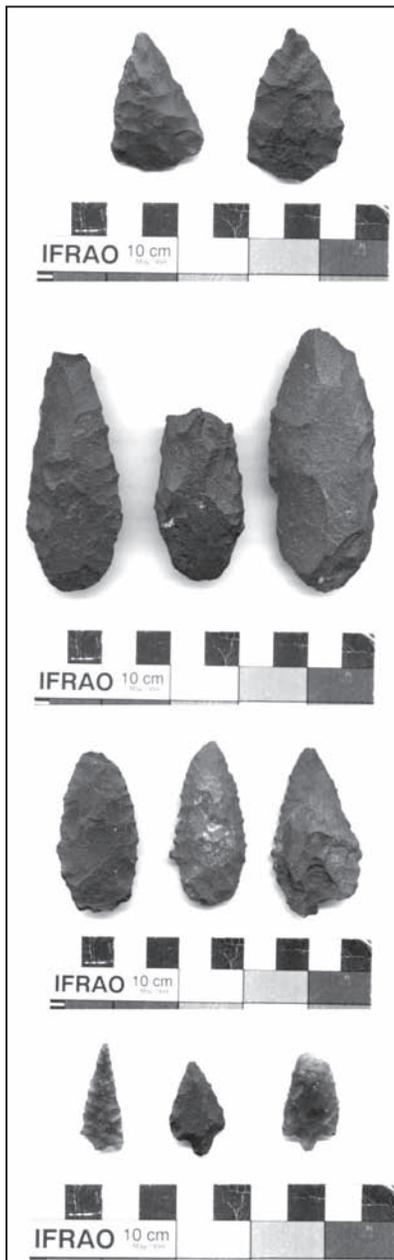


Figura 8. Ejemplos de puntas de proyectil identificadas en el área de Antofalla y que han podido ser correlacionadas con otros diseños provenientes de otros sectores tales como la Cuenca de Antofagasta de la Sierra o el norte chileno (Núñez 1980; Martínez 2003; Ratto 2003; Hocsman 2006) correspondientes a diferentes momentos de la ocupación humana del área de estudio.

contando la historia de los encuentros que se produjeron a través del tiempo entre animales y cazadores. Estos espacios habrían servido también para la estructuración de relaciones sociales entre las personas, donde por ejemplo los jóvenes aprendían las técnicas de caza y todas sus particularidades, con el paisaje como significativo de estas prácticas.

Con respecto a la escala social del trabajo, creemos que la cacería habría implicado la participación de un número importante de personas, dada la cantidad de estructuras que se encuentran asociadas y la posible participación de algunas personas como azuzadores. Con esto no queremos decir que la totalidad de las estructuras hayan funcionado al mismo tiempo, ni que puedan ser de diferentes momentos de la historia de ocupación del área, pero sí creemos que varias de las estructuras asociadas deben haber actuado en conjunto para la realización de las actividades de caza.

Cabe preguntarse ¿por qué tanta cantidad de estructuras a lo largo de la quebrada? ¿No era suficiente un sector que funcionara correctamente y repetir allí la cacería? Ante esta doble pregunta corresponden dos respuestas. Por un lado creemos que la utilización de diferentes áreas de la quebrada corresponde al aprovechamiento de diferentes grupos familiares que ocupaban distintos sectores de la quebrada. Es decir, diferentes tropillas ocupan diversos espacios de la quebrada y para no sobre-explotar ni generar la huida de estas tropillas hacia otras quebradas, la utilización de diferentes sectores de la quebrada preparados de la misma manera, promovía que se fueran aprovechando diferencialmente estos grupos de camélidos. Todos los espacios estaban construidos de manera semejante, de forma tal que las mismas prácticas eran realizadas. A su vez, estas estructuras eran prácticamente invisibles para los animales dado que no difieren del espacio circundante y por lo tanto luego de un tiempo circularían por allí sin percibir el peligro de ser cazadas. Así, se protegía la tasa de reproducción

de los grupos de animales y por otro lado se evitaba que estos grupos decidieran ir hacia otros espacios por las continuas cacerías.

La segunda explicación puede estar en la utilización por parte de los pobladores de diferentes espacios de la quebrada para establecer sus lugares de habitación. Esto provocaría que los animales no llegasen hasta estas áreas, dado que la presencia constante de las personas los haría huir. De esta manera, nuevos espacios debían ser preparados y organizados para la realización de cacerías.

En resumen, la cacería de camélidos silvestres ha sido una importante fuente de recursos para las poblaciones humanas, las que para realizar estas prácticas conjugaron una serie de aspectos, como son las formas del paisaje y la etología de las posibles presas. A esto se añade que mediante el uso de diversos tipos de estructuras y de diferentes tipos de sistemas de armas, pudieron apropiarse de estos animales, constituyéndose en una práctica tradicional para estas poblaciones más allá de las particularidades económicas, sociales o políticas que atravesaron en los últimos 11.000 años.

Recibido en marzo de 2008
Aceptado en diciembre de 2008

NOTAS

1. En el caso de TC1, durante la ocupación de esta unidad doméstica durante el primer milenio, se identificó una representación de vicuñas que alcanza el 75% de la muestra total de restos faunísticos (Haber 1999; Revuelta 2005).
2. Tomamos como caso las vicuñas, ya que son los camélidos silvestres con más trabajo sobre su etología.
3. En gabinete se ingresó la información de campo en bases de datos Excel y se procesaron para la

construcción de mapas temáticos en entorno SIG utilizando el software GV-SIG.

4. El relevamiento fue realizado con la utilización de un teodolito TopCon DT-20B.

5. En algunas crónicas se postula la utilización de boleadores (Ratto 2003). Lamentablemente en el área de estudio no hemos podido identificar ninguna de éstas, pero es posible que también con esta tecnología los mismos paisajes se hubieran reutilizado, ya que el escondite y el aprovechamiento de las áreas de paso son una constante para el desarrollo de estas prácticas.

AGRADECIMIENTOS

En primera instancia quiero agradecer a Alejandro Haber por introducirme en la problemática de los paisajes cinegéticos y por sus consejos. También agradezco a Patricia Lobo, que me diera una mano muy importante con los gráficos de este trabajo, y a Enzo Acuña, quien fue esencial para la realización de los trabajos de campo. También un agradecimiento especial para los pobladores de Antofalla que me han abierto las puertas de la mejor manera en cada trabajo de campo. Además, quisiera agradecer a los editores de la revista y a los evaluadores por comentarios y sugerencias muy importantes para el trabajo. Por supuesto que la responsabilidad del mismo es totalmente mía.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguerre, A., A. Fernández Distel y C. Aschero
1975. Comentarios sobre nuevas fechas en la cronología arqueológica precerámica de la Provincia de Jujuy. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 9: 211-214.
- Aschero, C.
1975. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos. Ms. en archivo, Informe presentado al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

1983. *Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos*. Apéndice A y B. Ms. Cátedra de Ergología y Tecnología. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
1984. El sitio ICC4: un asentamiento precerámico en la quebrada de Inca Cueva (Jujuy, Argentina). *Estudios Atacameños* 7: 62-72.
2000. El poblamiento del territorio. En *Nueva Historia Argentina: Los pueblos originarios y la conquista*, dirigido por M. Tarragó, Tomo I, pp. 18-59. Sudamericana, Buenos Aires.
- Aschero, C., D. Elkin y E. Pintar
1991. Aprovechamiento de recursos faunísticos y producción lítica en el precerámico tardío. Un caso de estudio: Quebrada Seca 3 (Puna Meridional Argentina). *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* Tomo II, pp.101-114. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago de Chile.
- Aschero, C., L. Manzi y A. Gómez
1993-94. Producción lítica y uso del espacio en el nivel 2b4 de Quebrada Seca 3. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 19: 191-214.
- Aschero, C. y J. Martínez
2001. Técnicas de caza en Antofagasta de la Sierra, Puna meridional, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 26: 215-241.
- Bender, B.
1993. Introduction: Landscape - Meaning and Action. En *Landscape: Politics and perspectives*, editado por B. Bender, pp. 1-18. Berg, Oxford.
- Benedetti, A.
2005. *Un territorio andino para un país pampeano. Geografía histórica del Territorio de Los Andes (1900 - 1943)*. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Cieza de León, P.
1984 [1553]. *La crónica del Perú*. Edición de Manuel Ballesteros, Historia 16. Madrid.
- Collins, M.
1989-90. Una propuesta conductual para el estudio de la arqueología lítica. *Etnia* 34/35:47-65. Olavarría, Buenos Aires.
- Criado Boado, F.
1999. Del Terreno al Espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje. *CAPA* 6:1-82.
- Elkin, D.
1996. *Arqueozoología de Quebrada Seca 3: indicadores de subsistencia temprana, en la Puna meridional argentina*. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Escola, P.
1991. Proceso de producción lítica: una cadena operativa. *Shincal* 3 (2):5-19. Catamarca.
- Fernández Distel, A.
1974. Excavaciones arqueológicas en las cuevas de Huachichocana, departamento de Tumbaya, provincia de Jujuy, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 8:101-134.
1986. Las cuevas de Huachichocana, su posición dentro del precerámico con agricultura incipiente del Noroeste Argentino. *Beitrage zur Allgemeinen und Vergleichenden Archaeologie* 8:353-430. Manz am Rehein.
- Gambier, M.
1981. Asentamiento humano y transhumancia en los Andes Centrales argentino-chilenos. *Publicaciones* 9:8-13. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Nacional de San Juan, San Juan.
- Haber, A.
2003a. Hunting after Domestication. *Ninth International Conference on Hunting and Gathering Societies*, Edimburgo.
- 2003b. *Informe presentado a la National Geographic Society*. Ms. en archivo.
2006. *Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenio d.C.* Jorge Sarmiento Editor, Universitas Libros, Córdoba.
2007. Arqueología de uywaña: un ensayo rizomático. En *Producción y circulación prehispanicos de bienes en el sur andino*, editado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 13-36. Editorial Brujas, Córdoba.
- Herrera, O. N.
1988. Los camélidos y sus indicadores óseos de estacionalidad: apuntes para la discusión. En *De procesos, contextos y otros huesos*, editado por N. Ratto y A. Haber, pp. 101-110. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Hocsman, S.
2002. ¿Cazadores-recolectores complejos en la Puna Meridional Argentina? Entrelazando evidencias del registro arqueológico de Antofagasta de la Sierra. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 27:193-214.
2006. *Producción lítica, variabilidad y cambio en Antofagasta de la Sierra -ca. 5500 - 1500 AP-*. Tesis doctoral inédita.

- Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata. Buenos Aires.
- Ingold, T.
1993. The temporality of the landscape. *World Archaeology* 25:152-174.
- Lema, C.
2004. *Tebenquiche Chico en los siglos XVI y XVII*. Tesis de Licenciatura inédita. Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
2006. Espacios de resistencia: el caso de Tebenquiche Chico. En *Arqueología histórica en América Latina. Temas y discusiones recientes*, editado por Pedro Funari y Fernando Britte, pp. 71-87. Ediciones Suárez. Mar del Plata.
- Martínez, J.
2003. *Ocupaciones humanas tempranas y tecnología de caza en la microrregión de Antofagasta de la Sierra (10000-7000 AP)*. Tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- Moreno, E.
2005. *Artefactos y prácticas. Análisis tecno-funcional de los materiales líticos de Tebenquiche Chico I*. Tesis de Licenciatura inédita, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.
2008. Arqueología, política y recursos. En *Práctica arqueológica como intervención política*, editado por Dante Angelo, en prensa.
- Murra, J.
1999 [1978]. *La organización económica del Estado Inca*. Siglo Veintiuno, México DF.
- Núñez, L.
1980. Cazadores tempranos en andes meridionales. Evaluación cronológica de las industrias líticas del norte de Chile. *Boletín de Antropología Americana* 2:87-120.
1983. *Paleoindio y arcaico en Chile: Diversidad, secuencias y procesos*. Cuicuilco, México
- Núñez, L y M. Santoro
1988. Cazadores de la puna seca y salada del área centro-sur andina (norte de Chile). *Estudios Atacameños* 9:11-60.
- Olivera, D.
1997. La importancia del recurso Camelidae en la Puna de Atacama entre los 10.000 y 500 años AP. *Estudios Atacameños* 14:29-41.
2001. Sociedades agropastoriles tempranas: El formativo inferior del Noroeste Argentino. En *Historia Argentina Prehispanica*, editado por E. Berberian y A. Nielsen, Tomo I, pp. 83-125. Editorial Brujas, Córdoba.
- Pintar, E.
1996. *Prehistoric Holocene adaptations to the Salt Puna of Northwest Argentina*. Tesis doctoral inédita, Southern Methodist University, Dallas.
- Polo de Ondegardo
1990 [1571]. *El mundo de los Incas*. Edición de Laura González y Alicia Alonso. Historia 16, Madrid.
- Potter, J.
2004. The creation of person, the creation of place: hunting landscape in the American Southwest. *American Antiquity* 69(2):322-338.
- Puló, M.
1998. La vicuña: el oro que camina por los andes. *Andes Antropología e historia* 9:243-280.
2000. *Desarrollo sustentable y la realidad social del NOA. Primer Congreso de Ambiente y Calidad de Vida*, Facultad de Tecnología y Ciencias Aplicadas, Universidad Nacional de Catamarca.
- Quesada, M.
2001. *Tecnología agrícola y producción campesina en la Puna de Atacama, I milenio d.C.* Tesis de Licenciatura inédita, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.
2007. *Paisajes agrarios en el área de Antofalla. Procesos de trabajo y escalas sociales de la producción agrícola. Primer y segundo milenio d.C.* Tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
- Ratto, N.
1994. Funcionalidad versus adscripción cultural: cabezales líticos de la margen norte del estrecho de Magallanes. En *Arqueología de Cazadores-recolectores. Límites, casos y aperturas Arqueología Contemporánea* 5, compilado por J. Lanata y L. Borrero, pp. 105-120. Buenos Aires.
2003. *Estrategias de caza y propiedades del registro arqueológico en la Puna de Chaschuil (Departamento de Tinogasta, Catamarca, Argentina)*. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Revuelta, C.
2005. *Apropiación social y vicuñas. Análisis zooarqueológico de la unidad doméstica TCI. Oasis de Tebenquiche Chico – Primer milenio d.C.* Tesis de Licenciatura inédita, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.

Vilá, B. (ed.)

2006. *Investigación, conservación y manejo de vicuñas*. Proyecto MACS, Buenos Aires.

Yacobaccio, H.

1988. Camélidos, domesticación y tamaño de la muestra. Reflexiones sobre la utilización animal prehistórica en los Andes. En *De procesos, contextos y otros huesos*, editado por A. Haber y N. Ratto, pp. 91-100. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.

1991. *Sistemas de asentamiento de cazadores-recolectores tempranos de los andes centro-sur*. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

2001. Cazadores complejos y domesticación de camélidos. En *El uso de los camélidos a través del tiempo*, editado por G. Mengoni, D. Olivera y H. Yacobaccio, pp. 261-282. Ediciones del tridente, Buenos Aires.

Yacobaccio, H. y C. Madero

1992. Zooarqueología de Huachichocana III (Jujuy, Argentina). *Arqueología* 2:149-188.

Yacobaccio, H., D. Elkin y D. Olivera

1994. ¿El fin de las sociedades cazadoras? El proceso de domesticación animal en los Andes Centro Sur. En *Arqueología de cazadores-recolectores. Límites, casos y aperturas*, editado por J. Lanata y L. Borrero, pp. 23-32. Arqueología contemporánea 5. Buenos Aires.

Yacobaccio, H., C. Madero, M. Malmierca y M. Reigadas

1997-98. Caza, domesticación y pastoreo de camélidos en la Puna Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 22-23:389-418.

Yacobaccio, H., L. Killian y B. Vilá

2007. La explotación de la vicuña durante el período colonial (1535-1810). El negocio de los cueros y lanas de vicuña. *Todo es Historia* 483:16-21.

Wheeler, J.

2006. Historia natural de la vicuña. En *Investigación, conservación y manejo de vicuñas*, editado por Bibiana Vilá. Proyecto MACS, Buenos Aires.

*Enrique Moreno es Licenciado en Arqueología, egresado de la Escuela de Arqueología de la Universidad Nacional de Catamarca. Actualmente es becario de Posgrado Tipo I (CONICET) y candidato doctoral (Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata). Este artículo forma parte de la investigación doctoral en curso, dirigida por el Dr. Alejandro Haber y co-dirigida por la Dra. Alicia Castro, acerca de las prácticas de caza de vicuñas en el área del Salar de Antofalla, Provincia de Catamarca, a partir de un análisis de los paisajes culturales. Ha participado de diversas investigaciones en el área de Antofalla, en el marco de proyectos de investigación dirigidos por el Dr. Haber, siendo sus intereses centrales la tecnología lítica, las prácticas de caza y la arqueología del paisaje. Dirección de contacto: enalmor@yahoo.com